

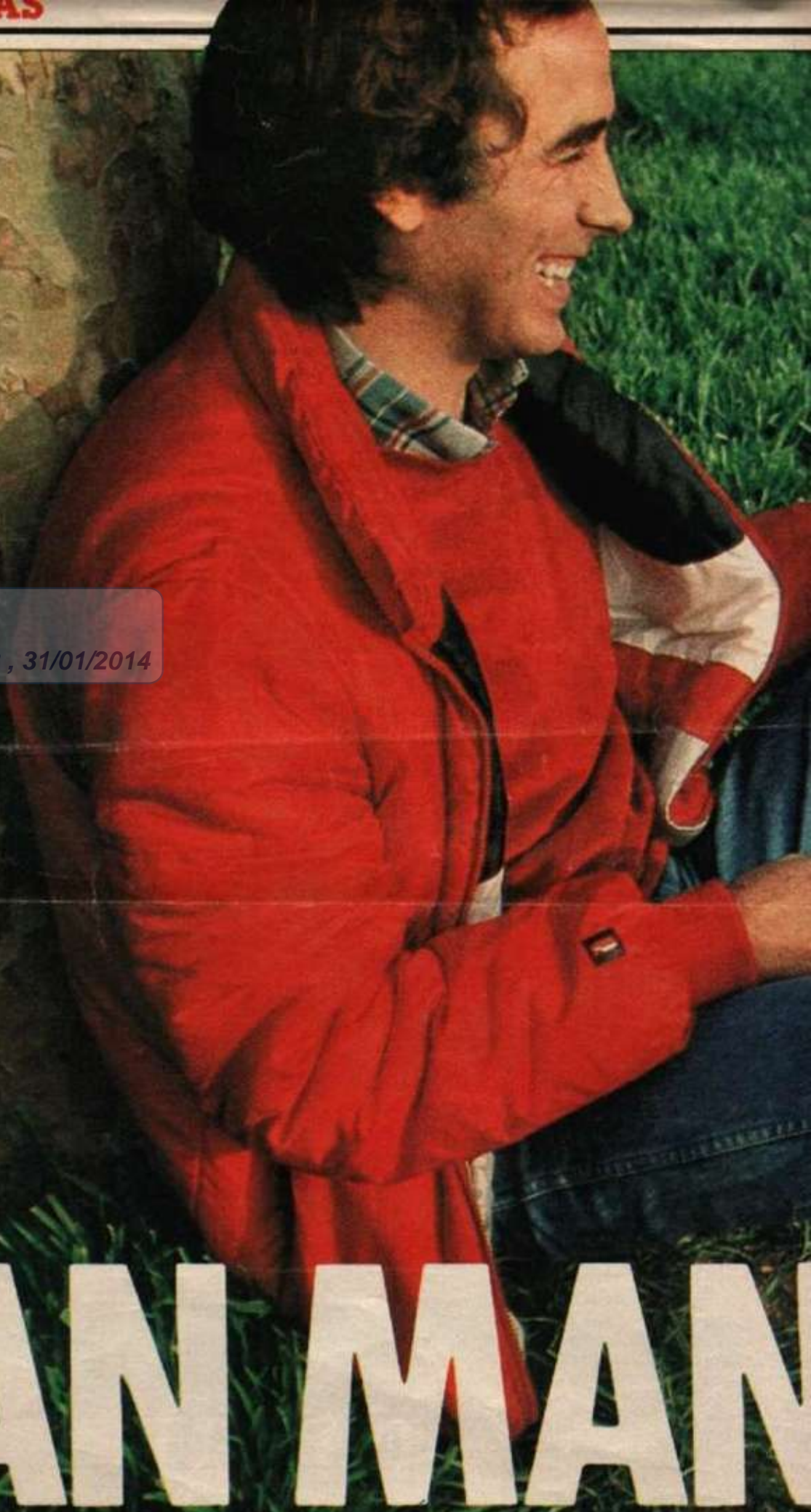
"Lola Flores me hace mear en los calzones"

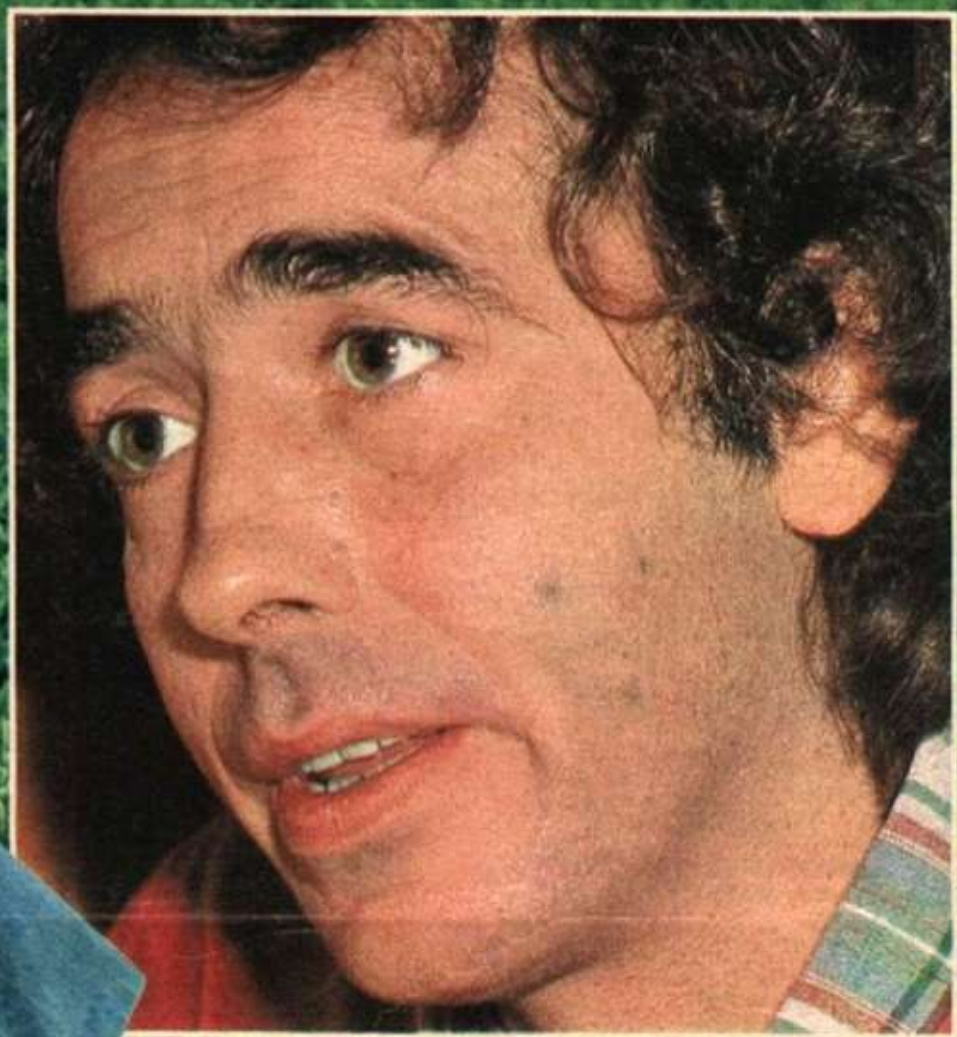
**REVISADO**

Por Pere Mas fecha 21:22 , 31/01/2014

Esta no es una entrevista para señoritas. Que se abstengan los espíritus sensibles, los remilgados y los tibios, porque hablar con Serrat es entrar a fuego y a carne en la vida de un hombre. Joan Manuel Serrat te deja alma, corazón y vida hechos pedazos.

**JOAN MANUEL**





JEREMY SERRAT

JOAN Manuel Serrat, Joan para los amigos, va con su clásica indumentaria de chico de barrio. Bambas, tejanos deshilachados y anorak rojo. "Oye, que no lo hago pose, no jodas, eh, que lo de bambas es para que no me mueran los pies. Y son New Balance, que la gente que entiende sabe que son las más caras, ocho mil euros me han costado, más que los zapatos italianos...".

Y los tejanos, Joan Manuel? Chica. Son los únicos pantalones que no me aprietan los hue-

Joan Manuel se lleva ambas cosas a la entrepierna sopesando qué sé qué —"¿ves qué cómodo", y el cigarrillo rubio colgando del labio le entrecierra un ojo, le da un aspecto travieso de geniecillo de película, de Peter Pan. Pero no. Joan Manuel Serrat tiene treinta y tres añitos y es el cantante catalán que más discos ha vendido de la historia.

Las malas lenguas dicen que no canta en castellano. Por haber estado de la historia y la cultura catalanas...

Oye, no me jorobes, Pilar; de nada. Que si yo canto en catalán y en castellano es porque yo soy de carnego, de familia de emigrantes, porque he nacido en un barrio obrero y no he tenido la suerte de nacer en el seno de una familia burguesa que me hiciera aprender el catalán desde mi infancia como han hecho todos esos otros catalanes tan puros que los critican tanto. Que no es lo mismo ser hijo de un lampista que el hijo de un médico, como el hijo de Llach. Y que conste que yo me quiero entrar en polémicas ni con uno ni con otro, porque me gustan tan lejos de Llach como de Pablo Escobar, pongo como ejemplo.

Joan Manuel Serrat se alarga todo sin perder esa esquiva boca llena de humor y de ironía, "porque, qué quieres, ¿no yo era pequeño sólo se podía escribir y a leer en catalán sólo se leía a Carles Riba y a Pau Fabra en las familias de la burguesía catalana. Los otros, los trabajadores, el proletariado, se iba a tragarnos 'Caras al sol', se iba a tragarnos cultura de Colección Nacional, que lo máximo que enseñaban era aquello de 'voluntades oscuras golondrinas...'. Y desde la alta de Joan Manuel se me van de infinitos y pequeños ríos, de tanta y nueva arrugas llenas de vida y de sentimiento. "Y si tu familia era de los perdedores, peor. Porque en Belchite, sabed donde era mi madre, murieron treinta y dos miembros de su



familia, desde una niña de doce años a un anciano de ochenta y tres. Todos fusilados en un barranco, un barranco que se tragó a mi abuelo, cuyo cadáver mi madre, pobrecita, no pudo encontrar nunca. Y mi madre, una cría, socialista, ¿sabes qué hacía durante la guerra? ¿Sabes qué hacía? Pasaba niños rojos a Francia, que riete tú de la 'Cioecara'. Pasaba niños rojos por la frontera, con los Pirineos, en pleno invierno, llenos de nieve. Ella, que era una niña, con todas aquellas vidas de niños bajo su responsabilidad...".

Joan Manuel Serrat apaga un cigarrillo, enciende otro, bebe largos sorbos de whisky con mucho hielo, con mucha agua. Y prosigue, como si tuviera el deber de hacerlo, con una voz apasionada, caliente, rápida: "Y mi padre, viendo morir en la guerra a su primera mujer; mi padre, anarcosindicalista, represaliado, sin encontrar trabajo en aquella dura posguerra... Esas son las cosas que cuentan,

esa es la cultura que yo he mamado. La derrota, el hambre, el barrio...".

### La muerte del padre

Es curioso, pero hemos establecido nuestra cita en un sitio estratégico como una premonición. En la montaña de Montjuich, entre ese barrio en el que nació Joan Manuel, el Poble Sec, a muy pocos metros de aquí, y la poderosa Feria de Muestras, dirigida por su suegro, el padre de Candela. Un largo camino desde el cero al infinito. "El barrio, coño, tú sabes la cultura que te da el barrio, los chavales nacidos en el Sur que hablan catalán, los murcianos... Y mi padre. Mi padre mirando la calle, ahí en la ventana, los domingos. Y nunca haberle dicho a tu padre, papá, qué buen padre has sido, que se muera tu padre y tú nunca haberle dicho, gracias, padre, por lo bueno que siempre has sido. Porque la obsesión de mi padre, sabes, era que yo estudiara. Lo que él no había podido hacer jamás. Y desde

los cuatro añitos, yo, con becas, dale que te pego, el Bachillerato, peritaje agrícola, tornero-fresador. Todo con premios extraordinarios. Y hasta que me fui a la mili, a Jaca, no empecé a relacionarme con otros compañeros, a saber que había otros libros además de los de texto... Y con cuatro cosas medio aprendidas volvía a mi padre y le quería dar una lección, con la insolencia de la ignorancia. Y mi padre sufría sin saber qué contestarme, y yo entonces, para que me perdonara, le llevaba su pipa, su petaca, y todavía lo estoy viendo, liando parsimoniosamente su cigarrillo con aquel tabaco que tantos sacrificios le costaba y que era el único lujo que podía permitirse...". Y Joan Manuel tiene los ojos brillantes, esos ojos negros, que el barrio, la lucha por la vida han hecho despiertos, llenos de insolente vivacidad.

—Tu padre murió hace dos años, Joan Manuel...

—Sí, y nunca superas la muerte de un padre. Porque te quedas ya sin puntos de referencia. Te vuelves, de golpe, mayor, porque ya no eres un niño para nadie. Nunca jamás para nadie. Cuando me enteré de que tenía cáncer, lo llevé durante seis meses de médico er médico en un vía crucis tan doloroso que me convirtió, de repente en otro hombre. Sin esperanzas. Nada servía de nada. Y se trastocaron los papeles. Yo era el fuerte y él dependía de mí. Tenía que

darle de comer. Y yo le limpiaba el culo. Qué importante. Limpiarle el culo a mi padre. Porque así cerraba el círculo. Terminar la vida donde la empezó. Como mis hijos harán conmigo algún día.

Y los ojos de Joan Manuel, cargados de lágrimas y de tristeza, se vuelven insostenibles.

“Y luego, claro, no te jode, que te vendes, dicen, porque cantas en castellano”, y otra vez sonríe Joan Manuel, mientras busca cerillas en los bolsillos del anorak con el cigarrillo colgando del labio. “Tú crees que si yo quisiera venderme no hubiera cantado el ‘La, la, la’ en televisión y me hubiera hecho millonario en cuatro días. Raimon dice que cuando a él le prohibían canciones, después de encerrarnos en Montserrat para protestar por las penas de muerte de Burgos, yo cantaba libremente. Pues Raimon se olvida, o no cuenta, que yo tuve que renunciar a un contrato millonario y a lo mejor él no. Que tuve que exiliarme a Argentina, porque aquí no pude cantar, y vivir mucho tiempo en Latinoamérica por aquella causa. Y Raimon, precisamente, que por otra parte es un cantante al que admiro muchísimo, y que habla ahora de tolerancia, era un tío muy intransigente cuando estaba en la cresta de la ola, que descalificaba a todo dios con palabras durísimas si no seguían la misma pauta de conducta que él...”

—Pero tú nunca has hecho canciones de combate, revolucionarias, Joan Manuel.

—¿Cómo que no? —se sulfura el cantante—. Todas mis canciones son de combate, porque conectar con la gente, comunicar a la gente sentimientos, sensibilidad, ternura, vivencias cotidianas irrecuperables, es una forma como cualquier otra de hacer la revolución.

—Pero ellos no pueden salir en Televisión y tú sí, Joan Manuel.

—Yo he salido, desde el setenta y seis, solamente una vez por Televisión.

—Pero porque quieres cobrar más.

—Naturalmente. Yo no me contento con esa mierda de cincuenta mil pesetas que los cuatro sinvergüenzas de turno que mandan en Televisión quieren pagarnos a los artistas. Y, claro, prefiero que se las metan en el culo antes de que me den esa limosna.

—Pero es que tú puedes permitirte el lujo de decir que no.

—Perdona, coño, joder, yo tengo la obligación de hacerlo, precisamente porque puedo permitirme el lujo de hacerlo. Y soy el único cantante que ha puesto pleito a Televisión y a las casas de discos por tener el derecho a proteger la propia

imagen y la propiedad intelectual. Ya sabes, el anuncio de las compresas; y las casas de discos, Edigsa, por ejemplo, que sacan canciones mías antiguas sin pagarme ni un duro cuando ya hace tiempo que dejé de trabajar con ellos. Mira, a mí estas cosas me parecen revolucionarias también y muy solidarias respecto a mi profesión, porque estoy ayudando a compañeros que a lo mejor no pueden pagar un abogado, no pueden mantener un pleito y yo, todavía, sí.

Y Joan Manuel ríe, bestezuela de peluche, cerrando los ojos y asomando medio centímetro de lengua entre los dientes: “Y no solamente mis compañeros catalanes, sino los de todo el Estado español”.

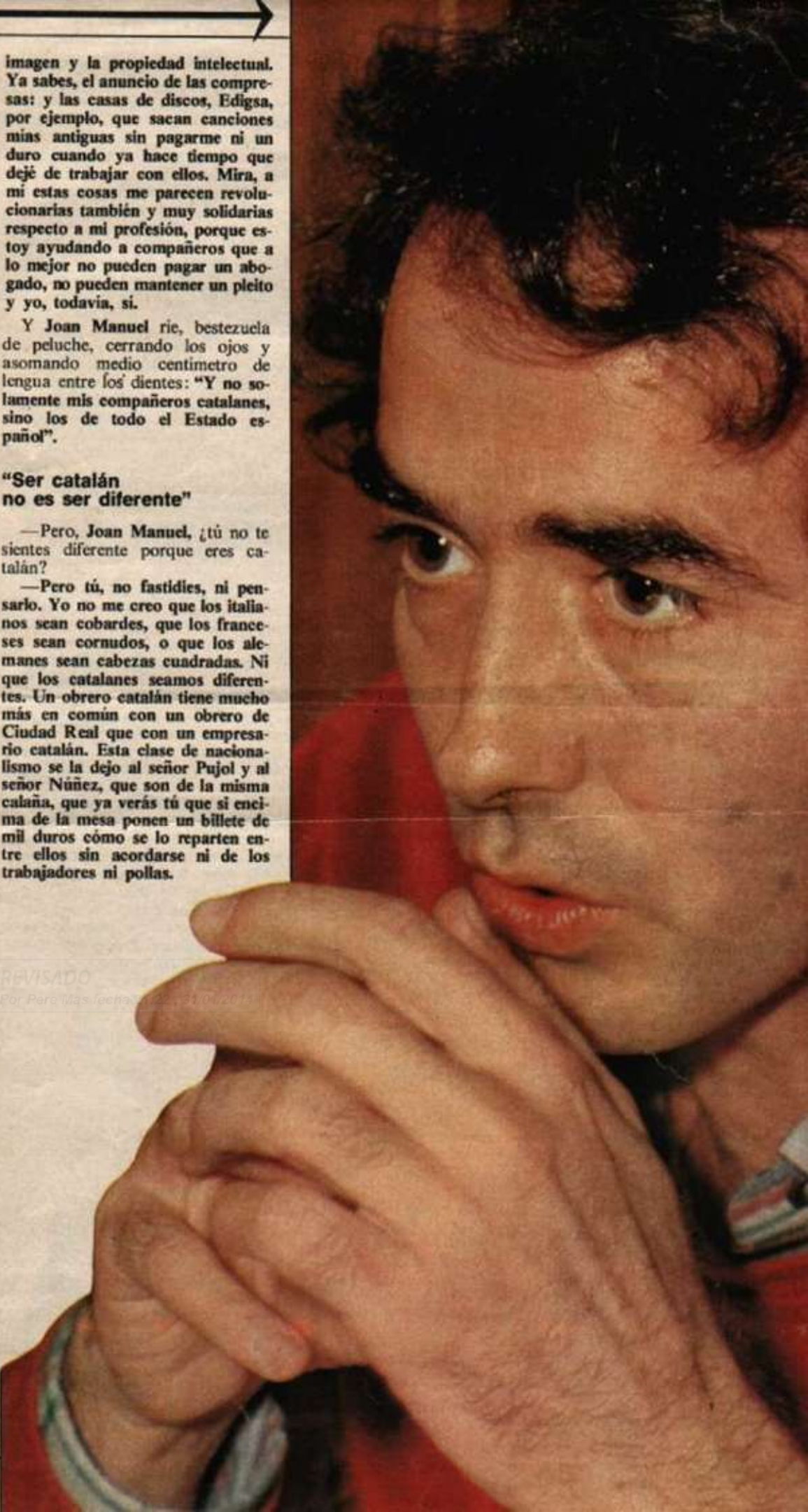
### “Ser catalán no es ser diferente”

—Pero, Joan Manuel, ¿tú no te sientes diferente porque eres catalán?

—Pero tú, no fastidies, ni pensarlo. Yo no me creo que los italianos sean cobardes, que los franceses sean cornudos, o que los alemanes sean cabezas cuadradas. Ni que los catalanes seamos diferentes. Un obrero catalán tiene mucho más en común con un obrero de Ciudad Real que con un empresario catalán. Esta clase de nacionalismo se la dejó al señor Pujol y al señor Núñez, que son de la misma calaña, que ya verás tú que si encima de la mesa ponen un billete de mil duros cómo se lo reparten entre ellos sin acordarse ni de los trabajadores ni pollas.

REVISADO

Por Pere Mas i Lecha el 10 de mayo de 2014





—Tu votas socialista, Serrat.

—Sí, y creo que le están echando cojones a la cosa, con lo de Rumasa y la legalización del aborto, que ha sido poca cosa, pero fíjate tú cómo se ha puesto la reacción, con la de inocentes que están matando en Latinoamérica y aquí rasgándose las vestiduras con lo del aborto.

Whisky va, coñac viene, Joan Manuel Serrat te hace sentir como en casa. Y te dan ganas de subirle el cuello de la chaqueta para que no se enfríe, revolverle el pelo, darle un plato de sopa cucharada a cucharada. Hasta que, en una fracción de segundo, Joan Manuel deja de sonreír y sus ojos de hombre te llenan el corazón de voces interiores que te suben por la sangre.

—Oye, Joan Manuel, ¿y a ti cómo te gustan las mujeres?

—Mira, a mí hay una tía, por ejemplo, que me hace mearme en los calzones de gusto, porque es una mujer como la copa de un pino: Lola Flores, que siempre va con la verdad por delante, caiga quien caiga. Y Lolita, su hija, es una de las mejores personas que he conocido. Entre nosotros han pasado cosas. Yo no sé si he estado enamorado, pero...

Y cuando una se asombra, "pero ¿Lolita Flores, Joan Manuel?", Serrat contesta rápido: "Oye, chica, a ver si te crees que uno se enamora de una forma racional, por las cualidades intelectuales o porque una mujer hable ocho idiomas. María Aurelia Campmany, por ejemplo, es una de mis mejores amigas y la mujer más inteligente que conozco. Pero yo me veo mucho más capaz de enamorarme de María José Cantudo, pongo por ejemplo, que de ella. Porque, no nos engañemos, todos los tios vamos con las tías para follar. Eso es lo que queremos todos los tios,

mojar. Y luego, claro, te enamoras porque surge la ternura. Te acuestas con una tía que no conoces, te levantas por la mañana a su lado y a lo mejor te acaricia la cara, te da, simplemente, un beso en los ojos, y te pones a temblar y estás enamorado".

Y Joan Manuel me coge las manos para que, piel a piel, lo entienda mejor, "mira, mi mujer me dice a veces, cuando conoce algún amor mio antiguo, ¿pero cómo podías ir con esta tía tan tonta? Y yo siempre le contesto, si, pero, ¿tú sabes lo que me quería? Porque mira, yo todo lo hago para que me quieran. Cantar, componer, estar aquí ahora hablando contigo. Y una María José Cantudo es tan capaz de querer como pueda serlo Lolita. Y es capaz de enamorar a Pedro Ruiz como lo enamoró, siendo un tío tan inteligente, porque precisamente Pedro es el hombre más necesitado de ternura del mundo.

—Tú has tenido muchos amores, Joan Manuel...

—Oye, que yo como, cago, pienso, follo, amo como todo el mundo. He ligado mucho, he amado a muchísimas mujeres, no precisamente de forma platónica, y sí, he follado mucho. O, al menos, he hecho lo que he podido. Y como yo sé que despierto el instinto maternal de las tías, porque es verdad, eh, no es pose, yo necesito que me quieran y que me traten con mimo, y, modestamente, creo que gano con el trato, pues no me ha ido mal en este sentido en la vida.

Llevamos varias horas charlando y Joan Manuel me coge la mano y se la lleva a la frente, "¿verdad que tengo fiebre?", y por entre mis dedos los ojos de Joan Manuel me miran desolados, tiernos, con sorna, con guasa. "Tengo unas ganas de estar enfermo... De que me cuiden y me traigan vasos de leche calientes a la cama". Y cuando una está a punto de ofrecerse, Joan Manuel salta, "es que tengo a las tres mujeres de casa —mi madre, Candela y mi hija— enfermas. A ver cuándo me toca a mí".

Y cuando le pregunto, la carne es débil, con un poquitin de más de interés del puramente profesional que cómo le va su matrimonio, Serrat ríe, "ay, me va muy bien, mi mujer es una tía estupenda y mi hija es un encanto". Y se levanta, me rodea la cara con las manos, me da dos besos y siento la piel de sus labios, cálida, en las mejillas.

—Joan Manuel,

—Dime.

—Que no te he hecho preguntas del corazón.

—¿Ah, no? —un punto de tristeza en la última sonrisa—. Pues a mí me parece que todo el rato hemos estado hablando del corazón.

Pilar EYRE

Fotos: Jaime F. GARBI

REVISADO

Por Pere Mas fecha 21:23 , 31/01/2014